

limbo

Nº 17, 2003, pp. 37-45

Breviario sobre la educación

George Santayana

Libro primero: LA RAZÓN EN EL SENTIDO COMÚN

Capítulo 1: El nacimiento de la razón

La norma para la educación sensitiva elemental es la misma que rige la Vida de la Razón en su conjunto, a saber, la represión del impulso por el acto de la experiencia y el nuevo enjuiciamiento del acto de experiencia por el impulso. ¿Qué enseña al niño a distinguir el seno de la nodriza de las diversas presencias sin interés o inquietantes? ¿Qué le induce a retener esa imagen, a advertir las imágenes asociadas y a reconocerlas con presteza? El malestar determinado por su ausencia y el bienestar determinado por su posesión. A esa imagen se vincula la principal satisfacción que conoce, y la fuerza de esta satisfacción la destaca antes que a ninguna otra del tenue y continuo fluido de su vida. Lo primero que despierta en él un sentido de la realidad es lo que primero puede apaciguar su inquietud [pp. 12-3].

Capítulo 2: Pasos y fluctuaciones iniciales

Si la conciencia cumpliera alguna vez la función de guiar la conducta mejor de lo que puede hacerlo el instinto, al comienzo sería de suma incompetencia para este oficio. Solamente la rutina y el equilibrio que implican el instinto sano mantienen el pensamiento y la voluntad al menos dentro de los límites de la cordura. Por fortuna, los intereses predeterminados que tenemos como animales concentran nuestra atención en las cosas prácticas, haciéndolas rebotar como una pelota con cuerda elástica dentro del radio de las cuestiones pertinentes. Sólo el instinto nos compele a dejar de lado, y rara vez a anular, la inadecuada multitud de las ideas. Algunos filósofos han sostenido que todas las ideas provienen de la experiencia: ellos nunca podrían haber sido poetas, y deben de haber olvidado que alguna vez fueron niños. La mayor dificultad en la educación consiste en adquirir experiencia de las ideas. La vergüenza, la moralidad y la razón continuamente desapruaban y desdeñan lo que la conciencia presenta: ¿y qué son ellas sino hábi-

to e instintos latentes que se afirman a sí mismos y nos obligan a desatender nuestra locura estival? Torpeza y demencia son meros retrocesos a un estado en que la conciencia presente se halla en su punto culminante y ha escapado a la fiscalización de las fuerzas inconscientes. Hablamos de personas que están “fuera de sus sentidos” cuando en realidad han retornado a ellos; o de quienes han “perdido el juicio”, cuando meramente han perdido ese dominio habitual sobre la conciencia que le impedía inflamarse con toda suerte de obsesiones y agonías. Perturbados sus cuerpos, sus mentes, lejos de corregir inmediatamente esa perturbación, la comparten y revelan. Siempre se agita un sueño bajo la superficie convencional del lenguaje y la reflexión. Suele aflorar hasta en las más altas esferas y en las más serenas meditaciones de la ciencia. Incluso allí raramente somos lo suficientemente constantes como para concebir un mundo verdaderamente natural; por alguna parte, elementos pasionales, caprichosos o mágicos se deslizarán en el esquema y desbaratarán la ambición racional [p. 17].

Capítulo 4: La unificación de la naturaleza y el descubrimiento de la mente

Lo que permite a los hombres percibir la unidad de la naturaleza es la unificación de sus propias voluntades. Un hombre semidormido, sin propósitos fijos, sin agudeza intelectual ni gusto por el reconocimiento, podría paecer como un animal, olvidando cada satisfacción en la siguiente y desterrando de su meta frívola el recuerdo de todo infortunio; cosas que casi hubieran podido destruirlo lo dejarían tan tranquilo y despreocupado como si nunca se hubieran atravesado en su camino. Esta elasticidad irracional e inocente imprevisión nunca llegarían a atar cabos. Cada mañana habría un mundo nuevo con el mismo necio viviendo en él. Pero tan pronto alguna influyente pasión, algún interés serio, ofrecen una perspectiva a la mente, inmediatamente le es proporcionado un punto de referencia para una demorada observación: comienzan a asomar entonces en el pensamiento las leyes de la naturaleza. Cada acto de experiencia constituye una lección, cada hecho es recordado como favorable o desfavorable para la pasión dominante. Al principio esta aguda observación será probablemente animista y las leyes descubiertas serán probablemente hábitos, humanos o divinos, favores especiales o envidiosos castigos y admoniciones. Pero la misma constancia de miras que descubre los conflictos dramáticos que componen la sociedad, e intenta descifrar la naturaleza en términos de pasión, descubrirá detrás de este caos magnífico, con tal de mantenerse un tiempo, un orden consecutivo más profundo. Los pensamientos de los hombres, como el tiempo, no son tan arbitrarios como parecen, y el verdadero maestro en la observación, el hombre guiado por un propósito perseverante y superior, los verá girar alrededor de sus centros, obedientes a ins-

tintos perfectamente calculables, y no se ocultará a sus ojos el principio que rige todas sus agitaciones. La creencia en el indeterminismo es un signo de indeterminación. Ningún intelecto superior o sólido coquetea con tan miserable posibilidad, que en la medida en que realmente se cumpliera tornaría impotente a la virtud y a la experiencia, en su fecundo sentido, imposible [pp. 34-5].

Capítulo 5: El descubrimiento de las demás mentes

El hecho de que la experiencia cruda sea ajena a toda filosofía moderna tiene esta consecuencia importante: que para dicha experiencia todos los datos se hallan reunidos originariamente en el mismo campo; los cuerpos experimentan pasiones, el deseo los mueve, el pensamiento se forja en el espacio y se constituye por una metamorfosis visible de su tema. El animismo o la mitología no son, por lo tanto, ningún artificio. Las pasiones residen naturalmente en el objeto que agitan: nuestro propio cuerpo; si es éste al que se siente como sede de algún sufrimiento; las estrellas, si el sufrimiento no puede hallar ninguna residencia más cercana. Sólo una larga y aún inacabada educación ha enseñado al hombre a separar las emociones de las cosas y las ideas de sus objetos. Esta educación fue necesaria, porque la experiencia cruda es un caos y las cualidades que reúne no marchan a compás. La reflexión debe, en consecuencia, separarlas, para que el conocimiento (esto es, ideas con aplicación posible y trascendencia correcta), exista efectivamente. En otras palabras, la acción debe ser ajustada a ciertos objetos y a otros no, y la apercepción educada debe someter a cierta interpretación a los considerados importantes. El resto debe ser estimado como desatino y no tomarse en cuenta, excepto, quizás, en el ensueño vano y poético. Es así como la experiencia cruda se vuelve razonable y la apariencia deviene conocimiento de la realidad [p. 44].

El lenguaje es un medio artificial para establecer la unanimidad y comunicar el pensamiento entre una mente y otra. Cada símbolo o frase, al igual que cada gesto, introduce al observador en una actitud a la que corresponde cierta idea del que habla; coincidir exactamente con la actitud del que habla es comprender exactamente. Todo impedimento para el contagio y la imitación de la expresión es un impedimento para la comprensión. Por esta razón, el lenguaje, al igual que el arte, se torna descolorido con los años: las palabras y las figuras del lenguaje pierden su poder de contagio y sugestión; el sentimiento que otrora expresaban ya no puede ser traducido por su repetición. Hasta los versos más inspirados, que ostentan, no sin una relativa justificación, el título de inmortales, se convierten con el correr de los años en un jeroglífico apenas legible; se requiere poseer el lenguaje en cuyos moldes fueron escritos, una educación erudita, y realizar un esfuerzo

imaginativo para aprehender aunque sólo sea un vestigio de su fuerza original. Nada es tan irrevocable como la mente [p. 50].

Capítulo 7: Sobre el valor relativo de las cosas e ideas

Esa dignidad, pues, inherente a las ideas lógicas, y su afinidad con el entusiasmo moral, brota de su congruencia con los hábitos primarios de la inteligencia y la idealización. El alma, o yo, o personalidad, que en la artificiosa vida social constituye en gran medida el centro de la pasión y el interés, es en sí mismo una idea, una concreción discursiva; y el plano en el que flota viene a ser, por asociación y afinidad, la región de los intereses humanos más vivos e intensos. Los placeres situados por debajo de ella son despreciados, y los ideales situados por encima no son percibidos. Por consiguiente, la aversión hacia una filosofía naturalista o empírica expresa una especie de patriotismo lógico y un apego a las ideas caseras. Lo real es demasiado remoto e inamistoso para el soñador; para entenderlo tiene que aprender una lengua extraña, que su prejuicio innato estima carente de significación y de poesía. Pero lo cierto es que el lenguaje de la naturaleza es demasiado rico para el hombre; y el malestar que experimenta cuando se ve compelido a usarlo señala meramente su falta de educación. No hay nada más barato que el idealismo. Se lo puede obtener dejando de observar simplemente lo absurdo de nuestros prejuicios causales, y declarando que los primeros ritmos que han herido nuestro oído son las eternas y necesarias armonías del mundo [p. 67].

Capítulo 10: Flujo y constancia en la naturaleza humana

En verdad, los místicos no practican un renunciamiento de la razón tan absoluto como el que predicán: siguen estimando aún que la validez eterna y la capacidad de tratar con la realidad absoluta corresponden al pensamiento o, al menos, al sentimiento. Sólo que pasan por alto en su descripción de la naturaleza humana esa misma facultad que emplean en su especulación; el mapa que trazan omite el territorio sobre el que ellos mismos están situados. El resto, con el cual no se identifican por el momento, lo consideran *de haut en bas* y lo desacreditan como una manifestación pasajera de leyes universales, físicas o divinas. Olvidan que esta fe en la ley, esta concentración en la pura realidad, este entusiasmo por el pensamiento radical, son meras pasiones, como lo demás: que los padecen como se padecen una fiebre y que resultan patentes los instintos animales en los que descansan esos anhelos espirituales.

Este último hecho nada significaría contra los sentimientos en cuestión, si no se los considerara como instrumentos para revelaciones absolutas. Por el con-

trario, en los instintos tal relatividad constituye la raíz de su importancia. En virtud de esta relatividad poseen cierta base y función en el mundo; pues si no descansaran en la naturaleza humana nunca podrían expresarla o transformarla. Religión y filosofía no siempre son benéficas o importantes, pero cuando lo son, es precisamente porque ayudan a desarrollar las facultades y a enriquecer la vida humana. Pensar que por medio de ellas podemos evadirnos de la naturaleza humana y examinarla desde fuera es una ilusión de tipo de las del avestruz, evidente para todos menos para su víctima. Tal pretensión puede causar admiración en las escuelas, donde el autohipnotismo es fácil, pero en el mundo vuelve ridículos a quienes la enseñan. Pues en el ansia de vaciar de prejuicios humanos su mente, reducen su carga racional al mínimo, y si continúan aún dogmatizando, es una diversión para el satírico observar cuál es el olvidado accidente de lenguaje o educación que ha sobrevivido a la quiebra del universo y abierto la única vía demostrable hacia la Verdad Absoluta [pp. 89-90].

Libro segundo: LA RAZÓN EN LA SOCIEDAD

Capítulo 2: La familia

Si la inteligencia se desarrollara íntegramente en el seno materno, como podría suceder, sería imposible aprender después nada esencial. En la humanidad sólo habría doctrinarios, y las artes hubieran permanecido mudas para siempre. La capacidad de aprender aparece junto con el sometimiento a la educación; y del mismo modo como el animal más incapaz e inmaduro de nacimiento es el más susceptible de asimilar enseñanzas, así también las razas humanas más precoces son las más incorregibles, y aunque parecen al principio tan vivaces, a la larga se revelan como las más inteligentes. Dependen menos de las circunstancias, pero no responden tan bien a ellas. En algunos pueblos todos son por naturaleza tan astutos, versátiles y simpáticos, que la educación apenas si ejerce alguna acción en las maneras o en la mentalidad; y es aquí donde se van sucediendo generación tras generación sin que se advierta ningún progreso esencial, y nadie se perfecciona de acuerdo con un plan superior. Tal vez sea en las razas menos despiertas, de larga infancia y mente rumiadora, donde están depositadas las esperanzas del mundo, con solo que la naturaleza permita la ejecución de lo que ha planeado en tan gran escala.

La generación no satisface ningún requerimiento, excepto el que impulsa a los padres, y hace surgir exigencias nuevas sin garantizar su cumplimiento. El nacimiento solo problemáticamente y por anticipación constituye un beneficio si se basa uno en el supuesto de que las facultades otra vez encarnadas se ejercitarán

con fortuna. La segunda función de la naturaleza, educar, es así superior a la primera. Nutrir y perfeccionar una vida después de haberla suscitado, cooperar con una voluntad ya lanzada al mundo, es una positiva buena obra. Tiene un cariz moral y no es un simple cultivo, pues al expresar al agente y encomendarle una tarea ideal ayuda también a la criatura en cuestión a ocuparse a su vez en mejores tareas y a encontrar su propia expresión. Propagar y sembrar a voleo seres precarios supone únicamente fertilidad, tal como puedan tenerla las plantas y animales, pero impulsar lo que ya está arraigado en la existencia y luchar por vivir significa caridad [pp. 120-1].

Libro tercero: LA RAZÓN EN LA RELIGIÓN

Capítulo 9: El compromiso cristiano

El panteísmo es mítico y posee todo el poder subversivo de la superstición ordinaria. Convierte al mundo natural, arena y sistema de oportunidades del hombre, en una vida sacra y que se justifica por sí misma. Merced a esta idealización se pone de manifiesto de muy notable manera la afinidad que suelen tener las condiciones naturales con los intereses del hombre, pero su mecanismo total y real no está mejor representado que el de los animales en las fábulas de Esopo. [...] Sin embargo, esta dislocación de la razón, tanto en las concepciones que forja como en lo que admite, es el resultado natural de pensar según una orientación mítica. Un mito, al transformar los fenómenos en expresiones de pensamiento y pasión, enseña al hombre a buscar modelos y metas de acción en ese mundo externo en que la razón no puede encontrar sino instrumentos y materiales [pp. 288-9].

Capítulo 14: La inmortalidad ideal

Las tareas así impuestas a la protoplasmática voluntad la elevarán, podemos decir, hasta un nivel superior; cazar es un deporte mejor y más instructivo que yacer absorbiendo sol y aire; y muy bien cabe pensar que comer es un placer más específico y positivo que el mero ser. Pero estos juicios revelan una propensión humana. Surgen de la incapacidad de renunciar a órganos adquiridos. Estas necesidades que han conducido a las formas de vida que por azar ejemplificamos, y en función de las cuales se expresan inevitablemente nuestras virtudes, nos parecen, al considerarlas retrospectivamente, necesidades afortunadas, puesto que sin ellas no habrían llegado a atraernos nuestros bienes convencionales. [...] Por lo tanto, no es sólo la voluntad perezosa o mística la que se revela ante la necesidad de apoyos materiales y lamenta la ansiedad acerca del mañana; la mente más con-

vencional y apasionada, cuando alcanza algún refinamiento, confiesa la servidumbre esencial implícita en tales preocupaciones ocultándolas o desdeñándolas tanto como sea posible. Estudiamos la manera de comer como si no fuéramos voraces, de vencer como si quisiéramos perder, y de tratar en general las necesidades personales como asuntos meramente obligatorios y poco interesantes. ¿Por qué detenernos, nos decimos a nosotros mismos, en nuestros balbuceos y fracasos? La intención lo es todo, y los chapuceros rodeos a que podemos vernos arrastrados deberían ser cortésmente ignorados, como las dificultades de un taratamudo, una vez transmitido nuestro propósito [pp. 332-3].

No debemos esperar hasta nuestra muerte total para tener una experiencia de la muerte; no necesitamos observar el fallecimiento de otros para ver en él una profecía de nuestra extinción. Cada momento celebra las exequias de las virtudes de su predecesor; y el hecho de que poseamos memoria, merced a la cual sobrevivimos en cierta manera en la representación, constituye la prueba más inequívoca de que en realidad perecemos. Al dotarnos de memoria, la naturaleza nos ha revelado una verdad totalmente inimaginable para la creación no pensante: la verdad de la mortalidad. [...] Cuanto más reflexionemos, cuanto más vivamos en la memoria y en la idea, tanto más convencidos e imbuidos estaremos de la experiencia de la muerte; sin embargo, sin que lo advirtamos acaso, esta misma convicción y experiencia nos habrá elevado en alguna forma, por encima de la mortalidad. Fue un oráculo heroico y divino el que al informarnos de nuestra caducidad nos hizo forjadores de la eternidad de los dioses, y al darnos conocimiento nos confirió, en igual grado, la serenidad y el bálsamo de la verdad. Así como es la memoria la que nos permite sentir que morimos y saber que todo lo existente fluye, así también es la memoria la que abre ante nosotros una inmortalidad ideal, inaceptable y sin sentido para el antiguo Adán, pero genuina a su manera e innegablemente verdadera. Es una inmortalidad en la representación, una representación que contempla las cosas en su verdad, tal como éstas, en su día, la poseyeron en la realidad. No hay aquí ningún subterfugio ni supersticioso atrevimiento a los que se apele para disfrazar o desecher las lecciones de la experiencia: por el contrario, se trata de la misma experiencia, de la misma reflexión y conocimiento de la mortalidad [pp. 324-5].

Libro cuarto: LA RAZÓN EN EL ARTE

Capítulo 1: Los fundamentos del arte

De esta manera no sólo la obra producida por el arte perpetúa su propia función, sino que se torna posible enseñar el proceso mismo del arte. Todo animal

aprende algo por el hecho de vivir, pero si su descendencia sólo hereda lo que aquél poseía al nacimiento, tendrá que aprender nuevamente las lecciones de la vida desde el comienzo, contando a lo sumo con la vaga ayuda que le habrá dado el ejemplo de sus padres. Pero cuando los frutos de la experiencia existen en el medio común, cuando se ofrecen a cada individuo recursos nuevos desconocidos en la naturaleza, aunque todavía deba aprender por sí mismo a vivir, puede hacerlo en una escuela más humana donde se le presentarán constantemente ocasiones artificiales de extender sus poderes. Allí donde hay arte existe una posibilidad de adiestramiento. Un padre que llama del bosque a sus ociosos hijos para que le ayuden a sostener el arado, no sólo los acostumbra al trabajo, sino que los obliga a observar la tierra preparada y refrescada, y a reparar en la germinación que en ella se produce; sus vaporosos pensamientos, sus incipientes rebeliones, serán contenidas por la esperanza de la cosecha; y no les será imposible, cuando su padre haya muerto, manejar el arado por iniciativa personal y en beneficio de sus propios hijos. Tan grande es el sostenido avance en la racionalidad que hace posible el arte, el que al encarnarse en la materia se vuelve susceptible de ser enseñado y transmitido por educación; pues en el campo del arte los valores obtenidos se reconocen con más facilidad por el hecho de haberlos disfrutado primeramente cuando otras personas los ponían al alcance de uno, a la vez que el mantenimiento de estos valores resulta favorecido por una tradición externa que se impone contagiosamente o por fuerza a cada generación [pp. 336-7].

Capítulo 4: La música

No obstante, hay bastante semejanza entre los sentimientos musicales y los mundanales para que se empleen los primeros en alimentar a los segundos. De ahí el singular privilegio de este arte: dar forma a lo que es naturalmente inarticulado, y dar voz a esas profundidades de la naturaleza humana que no puedan expresarse en ninguno de los idiomas corrientes del mundo. Originariamente la emoción no responde a nada, y gran parte de ella sigue sin responder a nada hasta el final. Lo que rescata una parte de nuestras pasiones de esta situación patológica, y les proporciona otra función que la de meramente ser, es la vinculación con lo ideal, el carácter práctico y meramente representativo que a veces adquieren. Toda experiencia es patológica si consideramos su fundamento, pero una parte de ellas es también racional si consideramos, en cambio, su significación. Las palabras que estoy escribiendo ahora sólo revestirán sentido en caso de que el producto de este momento pueda coincidir, y unirse con algún otro pensamiento referente a lo que existe en alguna otra parte y que exprese una intuición que realmente sea posible recobrar de cuando en cuando. En el fondo, lo único que importa a la educación

es el arte de distribuir el interés entre las ocasiones y las perspectivas de la vida, de manera de prestarles un valor constante, y al mismo tiempo otorgar al sentimiento un objeto ideal; pero la empresa es larga, y una gran proporción de sentimiento permanece sin empleo ni explicación [p. 356].

Libro quinto: LA RAZÓN EN LA CIENCIA

Capítulo 4: La psicología

Así pues, cuando apelamos a la experiencia general, de lo que realmente tenemos que ocuparnos es del poder de nuestro interlocutor de imaginar esa experiencia; pues la experiencia real está muerta y ha ascendido al cielo, donde no puede ni responder ni oír. Nuestros acuerdos o divergencias en esta región no afectan a la ciencia: atañen exclusivamente a la amistad y a la unanimidad. Todas nuestras pruebas son, como se dice en España, puro palabrerío; y como la finalidad y el mejor resultado sólo pueden consistir en incitar a la inteligencia y propagar un arte ideal, el método debería ser socrático, cordial, literario. En este terreno, la otra alternativa de la imaginación no es la ciencia sino la sofistería. Tal vez podamos enredar a nuestros amigos en nuestras propias palabras, y obligarlos por un momento a decir lo que no quieren ni está en sus naturalezas pensar: pero el arco doblado se volverá a enderezar, tal vez de modo bastante vivo, y recogeremos poco agradecimiento por nuestro trabajo. Sería más provechoso tomarnos francamente del brazo y pasear juntos por los lindes del conocimiento verdadero, señalando los hechos materiales que todos pueden ver —la naturaleza, los monumentos, los textos, los usos e instituciones reales de los hombres— y en presencia de tales estímulos, con el contagio de un interés común, la plástica mente respondería por sí misma a la situación, y nos estaríamos ayudando mutuamente a comprender todo cuanto cabe dentro de los límites de nuestra fantasía, sea en la antigüedad o en el corazón humano. Ésa sería una verdadera educación; y si bien el resultado de ningún modo constituiría una ciencia, ni siquiera una ciencia de los estados de ánimo de la gente, sería una profundización de la humanidad en nosotros mismos y un sano conocimiento de nuestra ignorancia [p. 459].